

Si en medio las tinieblas le perdía;
Mas siempre hallarle en el jardín rodando
Con el nuevo relámpago volvía.

Brotó en su corazón sorda sospecha,
Y espoleando el honor sus presunciones
Pronto entendió que el embozado acecha
De su alcázar, ó puertas ó balcones.
Y á poco seña misteriosa oyendo
Por una reja le alcanzó trepando,
Y en ira á él encaminóse ardiendo.
Con silenciosa y recatada huella
Llegó á la estancia de la hermosa Estrella,
Y luz viendo alumbrar la cerradura
La airada vista enderezó por ella.
Mas apenas la línea había cogido
Que la abertura con la luz marcaba,
Oyó como de gente que lidiaba
Dentro del cuarto temeroso ruido.
Entre él y la bujía en un instante
Dos cuerpos á la par se interpusieron,
Que á poco en bamboleo vacilante
A la par con estrépito cayeron.
Lánzase dentro el irritado conde,
Y al ver el sitio donde
La luz prosigue, la afilada punta
Les pone de su estoque á la garganta.
Y *¿quién se atreve? vive Dios!* pregunta:
A cuya voz: *¡Yo soy!* Sancho responde,
Que de ellos solamente se levanta.

EL CONDE.

¿Qué es esto, Sancho!

SANCHO MONTERO.

Señor,

Si es que lo hecho os enoja,
Sacadme con esa hoja
El alma que os dá el honor.

EL CONDE.

Concluye, Sancho, ese hombre
Que tienes muerto á tus piés
Bañado en sangre, ¿quién es?
—Muza, señor, no os asombre.
Sin miramiento al decoro
Que en vuestra casa se encierra,
Contando iría á su tierra

Vuestra deshonra ese moro.
Yo le esperé y le maté;
Si os culpa su rey, señor,
Tratadme como traidor
Y entregadme, que yo iré;
Pues quiero de mejor gana.
Que el moro traidor me llame,
Que oírle dar por infame
A una noble castellana.
Tendióle el conde la mano
Tal oyendo, y replicó:
Sancho, así quisiera yo
Todo el pueblo castellano.
¿Cuál es el tuyo?

SANCHO MONTERO

Espinosa.

EL CONDE.

¿Eres noble?

SANCHO MONTERO.

Hidalgo soy.

EL CONDE.

Tu casa será desde hoy
Y tu familia famosa.
Desde hoy serán mis monteros,
Y de lealtad por gala
Dormirán en mi antesala
Sus bizarros caballeros.
Y lléveme Belcebú
Si temo á nadie en la tierra,
Si en la paz son y en la guerra,
Todos ellos como tú.

Lector, la buena memoria
Que de su madre guardó,
Escuso decirla yo,
Pues te lo dice la historia;
Recuerdos hay todavía
Que atestiguan opulentos
Los muchos remordimientos
Del conde Sancho García.
Diré, pues, la sola cosa
Que sus recuerdos exigen,
Y es que de él tiene origen
Los Monteros de Espinosa.

DOS HOMBRES GENEROSOS.

LEYENDA ORIENTAL.

INTRODUCCION.

Envidiable es á fé don Luis Tenorio,
Su riqueza envidiable y su fortuna:
En Cádiz vive del comercio emporio,
Y oro sobre oro comerciando aduna.
Jóven, valiente y de encumbrado origen,
No es como otros mancebos altaneros,
Que solamente su ambicion dirigen
Su orgullo á alimentar de caballeros,
Y en banquetes y amores
Consumen su salud y sus dineros;
Y con mengua y baldon de sns mayores
Mueren entre rufianes y acreedores.
No, vive Dios! Don Luis lleva una espada
En el cinto prendida,
Y aunque de sangre alguna vez teñida,
Con infame traicion nunca manchada
Siempre con honra la llevó ceñida.
Cortés, galan y afable,
Pronto á satisfacer, jamas esconde
Su faz al lidiador mas formidable,
Si una ofensa vengar le corresponde.
Pero calculador como valiente,
Noble viéndose ya por nacimiento,
Que era mejor imaginó prudente
No alcanzado morir, sino opulento.
Dióse al comercio, pues, y la fortuna
Tan próspera le fué, tan halagüeña,
Que no hay empresa alguna
En que no doble el capital que empeña.
No tiene un buque que á la mar botado
No torne al puerto de botin cargado;
Ni hay cambiante en Europa ni banquero
Que no admita su firma por dinero.
Ni playa oculta, ni nacion remota
Donde suya no aporte alguna vela,
Y no le traiga de su tierra ignota
Prenda de gran valor en joya ó tela.
Londres, Génova, el Cairo, Alejandría,
Venecia... el mundo entero

Recorren sus pilotos cada dia,
Y siempre afortunados en sus viajes
Ni sufren de corsarios abordajes,
Ni fiero temporal les descarría.
Mira Tenorio en su fortuna inmensa
De su excesivo afan la recompensa;
Mas cuanto rico y noble generoso
Cual comerciante avaro ú envidioso
No calcula ni piensa.
Y no hay en la ciudad triste ó mendigo
Que á sus puertas acuda inútilmente,
Ni tiene un solo amigo
Que con su bolsa en la ocasion no cuente.
Y si un colega el capital espone
Y la fortuna ruin se la devora,
La amistad de Don Luis se lo repone,
Sin desear su mano bienhechora
Del que el favor recibe mas usura
Que gratitud... y próspera ventura.
Tal es, lector, el hombre
De quien hablarte quiero,
Y cuya historia espero
Que te suspenda el ánimo y te asombre.
No hay en ella magníficas escenas
De combates, y muertes, y sucesos
Estrepitosos llenas,
Ni por objeto mi leyenda tiene
La fortuna y el bien de un grande imperio;
La reaccion que dicen que conviene
Sufrir la sociedad; esto es muy serio,
Y no me siento yo con tanta fuerza
Para que el siglo ante mi voz se tuerza
Y varíe de faz nuestro hemisferio.
No es para mí tan colosal hazaña:
La sociedad quien pueda regenerar,
Yo cantaré despues cuando muriere
La suerte que su afan diere á la España.
Mas es un cuento asaz entretenido
Con puntas de moral sana y sencilla,
En Castilla aprendido,
A manera contado de Castilla.

Eso sí, miserable y reducido,
Obra infeliz, sin pretension alguna,
Que sale encomendada á su fortuna,
Cuento no mas, sin humos de poema,
Que ese es, lector, mi intento
Y no vá mas allá mi pensamiento;
Divertirte y no mas es mi sistema.

DON LUIS.

¿Cómo tan pronto la vuelta?
Explicaos, capitán.

EL CAPITAN.

Cosas son que os pasmarán.

DON LUIS.

Dad pues á la lengua suelta.

EL CAPITAN.

Es pues el caso, señor,
Que acerté en Alejandría
A entrar con el mejor día,
Y con el sino mejor.

Fuime derecho al mercado,
Mas no bien puse allí el pié,
¿Con quién direis que topé?
Con el mercader pasado.

Asíome con mil estremos,
Y á fuerza ó de voluntad
Metíome por la ciudad:

Venid, dijo, y hablaremos.
El calor es excesivo

Capitán, y mientras pasa
Descansareis en mi casa,
Donde vereis que os recibo
Con cuanto agasajo puedo.

—Yo respondí: Y vos, señor,
Vereis á tan alto honor
Cuán agradecido os quedo.

Entramos pues en su casa,
Mas válgame Jesucristo!
En mi vida habia yo visto
Opulencia tan sin tasa.
Qué tapices y qué alfombras!
Qué joyas de tanto precio!
Quedóme en fin como un necio
La vista haciéndome sombras.

Llevóme á sus almacenes,
Y ved cuál me quedaria,
Cuando oí que me decia:
"Cristiano, de cuanto tienes
A tus ojos manifesto
Elige, y no me andes parco:
Aquí has de cargar tu barco
Que así lo tengo dispuesto.
—Señor, imposible.

—No;

Cuanto digas será en vano,
No ha de ser nunca un cristiano
Mas generoso que yo.

A tu amo por simpatía
En tiempo ya muy remoto,

Envíele con un piloto
Un corto regalo un día.

Hice yo esto nada mas
De su esplendidez prendado,
Y sin pensar de contado
Que se mentara jamás.

Pero en el año siguiente
El con tu barco me envié
Un doble de lo que yo;
Admitílo cortesmente,

Porque en verdad no creyera
Que intentaba desairarle,
Mas ganoso de pagarle
Cuando ocasion me viniera.

Escusándola él quizá
No envié mas su barco aquí,
Mas hoy te sorprende á tí
Y has de escojer ¡juro á Alá!

Lo que te plazca mejor
Para volverte al momento,
Sin llevar mas cargamento
Que un presente á tu señor.

DON LUIS.

Y vos, capitán... ¿Qué hicisteis!

EL CAPITAN.

El partido no era malo
Y cargué con el regalo.

DON LUIS.

¿Voto á San Gil! ¿lo admitisteis?

EL CAPITAN.

Por supuesto: aunque en verdad
Imposible era escusarlo,
Porque él mismo hizo cargarlo
Y me echó de la ciudad.

DON LUIS.

Por Dios, capitán Gonzalo,
Que quien sois á no mirar,
Os arrojara á la mar
Con el barco y el regalo.

Cristiano y español siendo,
Sin mirar á mi decoro
¿Os dejais ganar de un moro
En bazarria?

EL CAPITAN.

Yo entiendo,

Señor Don Luis, que si veis
Las joyas por vuestros ojos,
Calmareis vuestros enojos
Y mas justicia me hareis.

¿Qué diablos perdeis en ello?
Vos cumplisteis como noble,
Y él volviéndoos un bien doble
No os echa un cordel al cuello.
Y ademas, si el moro

DON LUIS.

Nó,

Cuanto me digais es vano:
No ha de ser nunca un pagano
Mas generoso que yo.

DON LUIS.

Sí, Don Gonzalo,

Voy á aprontar un tesoro
Para pagar á ese moro
Por mí mismo su regalo.

EL CAPITAN.

Señor, estais loco.

DON LUIS.

No,

Cuanto digais será en vano;
No ha de ser nunca un pagano
Mas generoso que yo.

Casi un año despues, al occidente
Del faro colosal de Alejandría,
Un buque de la España procedente
Anclas echaba y velas recogia.
Vistasas banderelas
Adornaban sus altos masteleros,
Y las movibles olas
Reflejaban las armas españolas,
Que izaban los gallardos marineros.
Y dos hombres de pié sobre la popa
Del moribundo sol á los reflejos,
Contemplaban callados á lo lejos
Aquel puerto famoso,
Del cual como del sueño vagaroso
Se habla tal vez en la lejana Europa,
Y uno de ellos acaso
Rico de hacienda y de instruccion no escaso,
Traia á su memoria
De aquella poderosa Alejandría
La magnífica historia
Que escrita en libros aprendió algun día.
Y vagaban sus ojos,
Y buscaban en vano sus deseos
Los confusos despojos
Del soberbio palacio
Que elevaron allí los Tolomeos:
Buscaban el espacio
Que ocupó el Hipodromo,
Y el Timonio y las célebres Agujas
De la bella amorosa Cleopatra,
Y cien otros antiguos monumentos
Transformados y rotos á las manos
Del tiempo y de los árabes sangrientos.
Y en memorias tan mágicas su mente,
Y en tan bellos recuerdos abismada,
No vía una barquilla que lanzada
Surca hácia ellos la mar rápidamente.
Una lancha ligera
Para una fiesta apercebida era;
Y al estilo de Oriente engalanado
Venia en ella un grave personaje
Por remeros esclavos remolcado,
De súbditos humildes circundado,
Que servil le rendian homenaje.
Y ya á distancia corta
Llegar del buque anclado
La gran tripulacion miraba absorta,

¡Esto por Dios me faltaba!

Y de este modo diciendo
Don Luis la vista frunciendo
Por el cuarto se paseaba.

Y Don Gonzalo que vió
Su negocio tan mal puesto,
Salió del cuarto, y muy presto
Con el presente volvió.

Y sin otras precauciones
Para salir de su empeño,
A los ojos de su dueño
Empezó á abrir sus cajones.

Lanzó con gran desenfado
Sin mas mirar por el suelo
Los royos de terciopelo,
Y las piezas de brocado.

Coronó de pedrería
Un inmenso velador,
Y mostró todo el valor
De lo que á Don Luis traia.

Desenvolvió diligente
Los en cajas y redomas
Empaquetados aromas
Esquisitos del Oriente.

Y Don Luis, que aunque disgusto
Y enojo ademas presume,
Tan delicioso perfume
No pudo aspirar adusto.

Tendió los ojos en pós
Del olfato, y de su afán
Saliendo el buen capitán
Esclamó: ¡Gracias á Dios,

Señor, que al fin de mi viaje
A ver las cuentas venis!
¿Qué tal, mi señor Don Luis,
Qué os parece mi equipaje?

Aunque rédito mezquino
De vuestro enorme caudal,
No es tan pobre capital
Para un capitán marino.

Mostró en sus labios Don Luis
Una sonrisa agradable,
Y al capitán dijo afable:
Bien prevenido venis.

Pero si yo, Don Gonzalo,
A vuestro tesoro atento
Decid ¿quedareis contento
Con la mitad del regalo?

EL CAPITAN.

Vuestro es cuanto yo poseo
Y mi deseo es serviros.

DON LUIS.

Huélgome, pues, de admitiros
La mitad de ese deseo;
Podeis, capitán, tomar
Lo que os guste, y no andeis parco:
Mas preparad vuestro barco
Para hacernos á la mar.

EL CAPITAN.

¿A la mar?

Quiéroos con sinceridad;
Si me quereis con nobleza,
Pienso que tanta largueza
Desfigura la verdad.
Derramar vuestro tesoro
Por obsequiarme, no es justo;
Ireme, y con gran disgusto,
Si dais en prodigar oro.
Sé que os servisteis mandar
Regalar mucho á mi gente,
Y el vulgo asaz maldiciente
Podrá de ello murmurar.

EL ARABE.

Murmure cuanto quisiere;
Mas pláceme antes de todo,
(Porque amaros de este modo
No en mí extraño os pareciere),
Esplicaros la razon
De esta amistad que os profeso.

DON LUIS.

Ansioso estaba yo de eso.

EL ARABE.

Pues estad con atencion.
Aunque de Siria nacido
Bajo el abrasado sol,
Mucho ¡ay de mí! de español
Con la sangre he recibido.
Mi padre nació en la orilla
Del cristalino Genil,
Y lidió por Boabdil
Con las huestes de Castilla.
Al fin sucumbió con él,
Y con su hacienda cargando
Pasó al Africa, llorando
Su enemiga suerte cruel.

Mas siempre con ella en guerra,
Siempre con él inconstante,
Desventurado y errante
Anduvo por mar y tierra.
Paró por último aquí.
Dióse en el último tercio
De su existencia al comercio;
Y en este tiempo nació.

Los españoles cantares
Con que lloró su fortuna,
Me arrullaron en la cuna
Al compás de sus pesares.

De Granada y de su historia
Las sentidas tradiciones
Son las primeras lecciones,
Y aprendí yo de memoria.

..... (1).
Y así pasaban sus dias
En regalos y banquetes,
Prolongando sus orgias
Hasta el matutino albor.
Mezclando el lujo de oriente
Con la ilustracion de Europa,

(1) NOTA DEL AUTOR. La historia del mercader de Alejandría compone otra leyenda oriental, que por sus dimensiones ha sido forzosamente suprimida en este tomo.

Su vida va viento en popa
Por el golfo del amor.

Las esclavas mas hermosas
Escogidas en Circasia,
Con todo el fuego que el Asia
Enciende en su corazon,
Allí á don Luis encadenan
Con sus gracias seductoras,
Y allí se le van las horas,
Y con ellas la razon.

En el deleite adormido
Y en la molicie, no piensa
En una riqueza inmensa
Que se disipa por él;
Y olvídase que su huésped
Por mas que sea opulento,
Derrama el oro sin cuento
Por festejar á un doncel.

Esclavo de su indolencia,
De que resbala se olvida
Tan torpemente su vida
De una en otra bacanal:
Y que depuesto el decoro
De un caballero cristiano,
Vive como un africano,
Materialista inmoral.

Y mientras él goza alegre
De su presente ventura,
Tal vez su gente murmura
Supersticiosa ademas.
Y hasta el capitan Gonzalo
De su placer compañero,
Con su silencio severo
Se lo echa en cara quizás.

Don Luis advirtió sin duda
La boca de aquel abismo,
Y en cuentas consigo mismo
A solas al cabo entró.
Y una mañana bajando
Del árabe al aposento,
Con irrevocable acento
Su partida le anunció.
¿Tan pronto os vais?

—Es preciso.

Rápido el tiempo se me huye
Y cada instante me arguye
Las pesadumbres que os doy.
Mañana me hago á la vela,
Mirad qué habeis de mandarme.
—¿Tan pronto quereis dejarme?
—Resuelto á partir estoy.

Súplicas, ayes, caricias
Y especiosas reflexiones,
Fueron vanas tentaciones
Para el alma de don Luis.
Y el mercader comprendiendo
Que su afan seria inútil,
Díjole al fin desistiendo:
Sea, pues, como decís.

Mas vano es que de mi casa
Salir su merced pretenda
Sin llevar alguna prenda
Que le recuerde mi amor.
Venid, español, conmigo,
Venid á mis almacenes,
Y escogereis de mis bienes
Lo que os parezca mejor.

DON LUIS.

Para jamas olvidaros
Me bastan vuestros favores,
Que son las prendas mejores
De vuestro amor para mí.

EL MERCADER.

Esas escusas efímeras
No tienen para mí peso.

DON LUIS.

Buen moro, desistid de eso,
Que no ha de ser.

EL MERCADER.

Será, sí.
Sin una prenda elegida,
Yo partir no he de dejaros:
La mano no he de soltaros
Primero que la escojais.
Venid.

DON LUIS.

Os sigo á la fuerza
Pues que me llevais asido,
Mas á ello estoy decidido
E inútilmente porfiáis.

EL MERCADER.

Ya teneis ante los ojos
Cuanta riqueza poseo,
Ahora decidle al deseo
Que pida y sin poquedad,
Porque sin un don precioso
Que no avergüence mi mano,
Seguro estad, castellano,
Que no os vais de la ciudad.

DON LUIS.

Yo en permanecer en ella
Por vos forzado consiento,
Mas espiaré el momento
De partirme y la ocasion.
Y de vuestro amor entonces
No una amistad cariñosa,
Sino gratitud forzosa
Guardará mi corazon.

Sí, la amistad verdadera
La voluntad solo quiere,
Y la voluntad prefiere
Al mas preciado valor.
Vuestros dispendios me enojan,
Y si hemos de ser amigos,
Los cielos me son testigos
Que esa es mi prenda mejor.

Ni un hilo de este tesoro
Que aquí me mostrais admito,
Lo ya hecho es infinito
Y el oro me sobra á mí.
Vuestros pasados regalos
Son ya escesivos, y en ellos,
He visto dones tan bellos
Como los que veo aquí.

Y en fin, de obrar libremente
Os dejo absoluto dueño,
Mas tan tenaz es mi empeño
Que dél no me apartareis.

EL MERCADER.

Está bien, pues tal cuidado
Os tomáis por mi tesoro,
Cosa os daré que con oro
Adquirirla no podeis.

Y así el mercader diciendo
Con paso acercóse grave,
A una puerta cuya llave
Volviendo con rapidez,
Mostró á la vista asombrada
Del generoso cristiano,
Un portento soberano
De lujo y esplendidez.

No sus sentidos gozaron
En otra ninguna estancia,
Tan deliciosa frangancia,
Encanto tan seductor.
La luz del sol entoldaban
Pabellones de colores,
Y preciosísimas flores
Mirábanse en derredor.

Allí en torno de los muros.
Veíanse blandos lechos,
De frescos tejidos hechos
Convidando á reposar.
Allí se oía el murmullo
De una fuente azafranada,
Que en una taza dorada
Se vertía sin cesar.

Allí á su riego crecían
En ricos jarrones chinos,
Los claveles purpurinos
Que el Cairo tan solo dá.
Y el tulipan soberano
Que Stambul adora y cria,
Y la flor que á Alejandría
Siempre el Asia envidiará.

Aquella rosa esponjada
Cuyo esquisito perfume
El aire jamas consume
Ni le llega á evaporar,
Por la cual diera una hermosa.
De la nublada Inglaterra,
Cuanto mar cerca su tierra
Cuanto oro coge en su mar.